

Los Días Nocturnos

Amanda Tejo Viviani - Ornella Pocetti - Marcelo Canevari
Curaduría: Christo Fasoli

El gótico no es una mera importación europea ni un capricho estético: es, en cualquier territorio, un modo de dar forma a los miedos, las ausencias y las violencias de la historia. En Argentina, ese impulso adquiere la fuerza de una tradición. Desde los textos fundacionales de la literatura nacional (El matadero y La cautiva de Echeverría, Facundo de Sarmiento, Los siete locos de Arlt) hasta las formulaciones críticas de Julio Cortázar y Ricardo Piglia, el gótico funciona como una estética del malestar: lo siniestro no aparece como algo externo, sino como una dimensión interna de la vida cotidiana.

Lo que Cortázar llama "gótico rioplatense" no requiere castillos ni neblina inglesa: le basta un comedor familiar en penumbras, una herencia envenenada, un cuerpo enfermo o una ciudad que devora a sus habitantes. Piglia, por su parte, al seleccionar los textos de La Argentina en pedazos, revela que esa violencia larvada (simbólica, social, política) es estructural a nuestra cultura. Ambos entienden que la literatura (y, por extensión, el arte) no narra la historia oficial, sino que deja oír las voces de lo oculto: la mujer silenciada, el obrero exiliado, el indígena borrado, el deseo prohibido, el monstruo interior.

En paralelo, la historia del arte argentino puede leerse como un itinerario que va desde la afirmación identitaria del siglo XIX hasta las derivas góticas contemporáneas. Desde Prilidiano Pueyrredón y su civilización ilustrada, pasando por los obreros sin rostro de De la Cárcova, las criaturas marginales de Berni, los cuerpos fragmentados de Carlos Alonso, las visiones inquietantes de Mildred Burton y Leonor Fini, hasta las instalaciones perturbadoras de León Ferrari, el arte argentino ha sabido trabajar con la ambigüedad, la monstruosidad y la violencia como material expresivo, construyendo imágenes donde lo bello y lo terrible conviven.

Esta tradición se actualiza hoy en la obra de Ornella Pocetti, Marcelo Canevari y Amanda Tejo Viviani, quienes, cada uno a su modo, reescriben los códigos del gótico rioplatense desde lenguajes visuales contemporáneos. Sus universos, poblados de cuerpos en transformación, naturalezas ambiguas, escenas oníricas y espacios inestables, configuran una estética que pone en escena lo no dicho, lo que perturba bajo la superficie, lo que todavía no encuentra nombre. En este cruce, las obras de los artistas construyen tres formas de una misma inquietud.

En la obra de Pocetti, la figuración se vuelve una membrana dúctil: cuerpos que se disuelven en sombra, rostros que se retiran de la mirada, metamorfosis detenidas en un umbral. Sus relieves en cerámica, que evocan oficios familiares y memorias del barrio de La Boca, anclan lo onírico en la materia, mientras colores y símbolos (lirios, criaturas híbridas, escenas de iniciación) traman un relato que vibra entre la fábula y el presagio. Hay en estas imágenes algo de rito de pasaje, un eco de cuentos y películas de iniciación, donde lo femenino irrumpe como musa y monstruo a la vez. La pintura se vuelve escenario de esa extrañeza, donde la sangre, la flor y la quimera conviven en un mismo clima de ensoñación, inaugurando un mito personal que se reescribe en cada obra.

Canevari, en cambio, convierte el paisaje en una zona de ruina. Sus escenas están habitadas por rastros, por restos de una catástrofe que ya pasó pero sigue resonando: campamentos abandonados,

fuegos lejanos, animales caídos. Cada pintura parece el último testimonio de algo irrecuperable. La precisión de su trazo, heredada de la ilustración científica, vuelve cada detalle un documento. Como en las crónicas de Cándido López, lo que importa no es solo el hecho histórico, sino el trauma que deja su marca.

Tejo Viviani empuja lo doméstico hasta volverlo irrespirable. Sus personajes parecen atrapados en un instante de intensidad, como si un pulso desconocido los atravesara. Hay algo psicodélico en el modo en que el color se propaga, en la forma en que los cuerpos se estiran o se repliegan, como si la pintura misma estuviera poseída por un ritmo interno. La materia pictórica se acumula hasta el exceso, produciendo escenas donde lo grotesco se vuelve delicado y lo delicado, ominoso. El terror, aquí, no llega desde afuera: se filtra en la vibración de las figuras, en la manera en que los objetos parecen sumarse a la coreografía, conspirando junto a los cuerpos. En lugar de quietud, hay acción: un gesto que no se detiene. Sus biombos, peinetas y naturalezas muertas no son reliquias, sino participantes de esta danza inquietante, donde lo familiar se vuelve hipnótico, casi febril.

Es preciso mencionar que el germen de esta muestra es el Dossier Gótico del Plata, concebido como una pieza más de la exhibición, con prólogo de Catalina Cabral y colaboraciones de escritores y ensayistas que indagan el género desde lo literario, lo filosófico y lo histórico. El dossier bautiza el fenómeno, lo instala, lo ofrece como campo de disputa. La muestra lo recoge, lo pone en fricción, lo traslada al lenguaje de las imágenes.

Bajo el título Los días nocturnos (quizás una forma de ensayar lo que Freud nombró como Unheimlich, cuando lo familiar se enrarece y se deja invadir por lo siniestro), la exhibición invita a leer las obras como si lo visible contuviera en sí mismo su amenaza. Esta exhibición no busca clausurar un concepto, sino multiplicarlo. Es una reunión de saberes, de lenguajes, de fantasmas. Como advertía Cortázar, el gótico rioplatense es un planteo abierto, una intuición que exige ser continuada. Esta muestra lo retoma, lo expande y lo deja disponible para que siga creciendo, para que otros lo desvíen, lo tornen irreconocible, lo devuelvan como otro monstruo.

Christo Fasoli